

ALEJANDRO MALASPINA: SU VIDA Y SUS VIAJES, 1754–1810

por MERCEDES PALAU BAQUERO
(Madrid)

¿Quién era Malaspina o el Malaspina que nosotros hemos creado?

Marino, científico, filósofo, ilustrado, ¿francmason?, Caballero de la Orden de Malta, Brigadier de la Real Armada, Reo de Estado y desterrado a su tierra natal, Italia.

Dario Manfredi ha publicado varios trabajos sobre sus primeros años en Palermo, Nápoles, Roma y Malta. Su formación intelectual y científica, sus años en España, la expedición bajo su mando y sus últimos años en la Coruña (1796–1802), y en Pontremoli (1803–1810), cerca de Mulazzo.

En Mulazzo, nació Alessandro Malaspina el 5 de noviembre del año 1754. De noble familia italiana cuyo origen se remonta al siglo V, era hijo de Carlos Morello y de Catalina Melilupi, hija de los Príncipes de Soragua y sobrina de Giovanni Fogliani Sforza de Aragón, Virrey de Sicilia, quien lo tomó bajo su protección y lo llevó a la corte de Carlos de Borbón –el futuro Carlos III de España–, primero en Palermo y después en Nápoles.

Estudió en el colegio Clementino de Roma donde se preparaban los jóvenes de la nobleza destinados a distinguirse en “el arte militar, en el gobierno, en la iglesia, en las artes y en las ciencias”. Inició sus prácticas navales en 1774, bajo la bandera de la Orden de Malta, y en ese mismo año llegó a España acompañando a su tío Fogliani Sforza. Tras breve estancia en Cartagena, ingresó en la escuela de Guardia Marinas de San Fernando (Cádiz). De 1775 a 1782 participó en numerosas batallas y misiones científicas. Fue muy importante para su formación y experiencia como marino, el viaje realizado a Filipinas en la fragata Astrea, al mando de Antonio Mesía, que llevaba al nuevo gobernador de Filipinas, Josep de Barco y Vargas. Una epidemia de escorbuto les hizo regresar a los tres meses de la salida de Cádiz. Fue probablemente en este viaje, dice Manfredi, cuando Malaspina se dio cuenta de la importancia de la sanidad a bordo en largas tra-

vesías. Un nuevo viaje a Filipinas a bordo de la Asunción, como segundo comandante, se realizó con toda felicidad.

Viaje alrededor del mundo, 1786–1788

De nuevo en España, en 1784 y a las órdenes de Vicente Tofiño, completó su formación cartográfica y astronómica colaborando en la elaboración del Atlas Marítimo de España. En ese tiempo, la Real Compañía de Filipinas, creada por el Conde de Cabarrus con el apoyo del entonces Ministro de Indias, José de Gálvez, proyectaba reorganizar su tráfico marítimo, abandonando el sistema tradicional Manila-Acapulco-Manila, por el de una circunvalación del globo, en la que transportarían mercancías de España y América a la ida y de Oriente al regreso. La Compañía solicitó al Ministro de Marina, Antonio Valdés, que fuese Malaspina quien guiase la nave en ese viaje experimental. Malaspina eligió la fragata “Astrea” que conocía bien. El 5 de septiembre de 1786, salía de la Bahía de Cádiz rumbo a las costas de América del Sur. Después de doblar el Cabo de Hornos y hacer una breve escala en el puerto chileno de Concepción y de El Callao en Perú, Malaspina cambió la ruta acostumbrada hacia Filipinas, evitando las bonanzas de las Galápagos, y a pesar de elegir un camino más largo, consiguió llegar a Filipinas en tan solo setenta y cinco días de navegación. Regresó a la Península por el mar de la China, después de una breve escala en Batavia dobló el Cabo de Buena Esperanza y fondeó felizmente de nuevo en Cádiz.

A pesar que el escorbuto hizo presa en varios marinos, en el plano comercial y marítimo fue un éxito. Recordemos que hasta esa fecha, 1788, solo doce navegantes habían podido realizar, sanos y salvos, la vuelta al Mundo.

Preparativos para la expedición

Alejandro Malaspina y otro experto marino, nacido en la localidad santanderina de Ontaneda,

José de Bustamante y Guerra, presentaron al Secretario de Indias y Ministro de Marina, Antonio Valdés, la propuesta para realizar un viaje de exploración semejante a los viajes anteriores de Davis, Cook, Bougainville, La Perouse y otros. El objetivo principal era trazar la Carta Hidrográfica del Pacífico señalando los derroteros más fáciles y más cortos para la navegación, investigar la situación política de América, el comercio, los productos naturales, los habitantes, sus costumbres y lenguas. Reconocer los establecimientos rusos al norte de California y de los ingleses en el Pacífico y en Australia. Informar al gobierno sobre la conveniencia o no de retener para la Corona unas lejanas tierras que no producían ningún beneficio y sólo pérdidas humanas y cuantiosos gastos materiales. En el proyecto también proponían la formación de colecciones botánicas, zoológicas y mineralógicas y la adquisición de toda clase de objetos representativos de las más diversas culturas de los nativos con destino al Real Gabinete de Historia Natural y al Jardín Botánico.

En el plan inicial del viaje –variado después en parte–, Malaspina y Bustamante preveían tres años y medio de duración. Atravesarían el Atlántico con escalas en el Río de la Plata, Costa Patagónica, e Islas Malvinas. Cruzarían el estrecho de Le Maire y pasarían por el cabo Victoria y el archipiélago de Chonos. Durante el año 1790, reconocerían toda la costa del Pacífico desde el Sur hasta México y algunos lugares del interior de América y Filipinas. En 1791 saldrían del puerto mexicano de Acapulco en dirección a las islas Sandwich (actuales islas Hawai), después, costeano la península de California se dirigirían a Kamtchatka, harían escala en Cantón, pasarían por el cabo Bojador y Engaño, en la contracosta de la isla de Luzón y se dirigirían a Filipinas por el estrecho de San Bernardino. Después de una estancia en la capital de Filipinas, Manila, se dirigirían a las islas Célebes y Molucas y harían una corta escala en el puerto australiano de Sydney y hacia marzo del 92 pondrían rumbo a las Islas de los Amigos y de la Sociedad. En octubre o noviembre llegarían a la costa de Nueva Zelanda, desde donde, en dirección y remontando la costa australiana “*entrar en derrota por el cabo de Buena Esperanza y de allí regresar a España en abril o mayo del 93.*” Este plan fue presentado al Rey por Valdés, con estas palabras:

“Por sus conocimientos, por sus modales, por la elegancia de su persona, afabilidad, fir-

meza de carácter y talento en el trato social, [Malaspina es] el primero de la Marina y el único para aquel puesto. Alma de la Sociedad culta y distinguida a la que nuestros marinos deben representar en los Países Americanos para influir favorablemente en el ánimo de los criollos y ayudar a la política y a los objetivos de la expedición...”

Un mes después el Rey Carlos IV da su aprobación y ofrece todos los medios para el éxito de la empresa. El Ministro Valdés decide concentrar todos los recursos en esta iniciativa y aplaza otros viajes proyectados, estrictamente geográficos. Malaspina y Bustamante se ponen “manos a la obra” y consiguen que se construyan dos corbetas iguales, bajo la dirección del ingeniero de los Astilleros de la Carraca, Tomás Muñoz. Juan Catanedo, autor de varios trabajos sobre construcción naval, escribe:

“Malaspina (...) a partir de ese momento se centra en hacer un seguimiento de su construcción y equipamiento. (...) Introduce nuevas disposiciones y consigue, entre otras mejoras, fortificar más de lo habitual el casco, una repartición más racional de los espacios interiores, acorde con las misiones que iban a desarrollar los científicos de la expedición. Consigue una mayor espacio para los víveres (...), una mayor facilidad en el manejo del buque para que parte de la tripulación se ocupe de ayudar a los oficiales y científicos de la expedición, en el desempeño de sus comisiones. Se hizo el fondo de las corbetas más plano, para disminuir su calado y poder facilitar su entrada, en el mayor número de ensenadas, como ya se había hecho en las embarcaciones de Cook y La Perouse”.

Se pudo comprobar que las modificaciones introducidas fueron acertadas. Se logró mantener siempre una buena velocidad, aguante y buen gobierno de la nave, con poco calado y gran capacidad de carga para “pertrechos” de cuatro años, agua y leña para seis meses, víveres de todas las especies para dos años, ropa para la tripulación, efectos de cambio para los indígenas y espacios para almacenar toda clase de objetos recogidos durante el viaje. Las corbetas fueron bautizadas con los nombres de Santa Justa y Santa Rufina, alias la “Descubierta” y la “Atrevida”.

Tripulación

Bustamante y Malaspina se ocuparon de elegir la tripulación con minuciosidad. Todos deberían ser voluntarios, incluso los marineros, completaban la dotación de 102 personas en cada buque.

Citemos algunos de los más destacados; Cayetano Valdés, segundo comandante de la “Atrevida”, Antonio de Tova, segundo de la “Descubierta”. Dionisio Alcalá-Galiano, teniente de navío, encargado de las tareas astronómicas. Los tenientes de fragata Manuel Novales, Fernando Quintano, Juan Gutiérrez de la Concha, José Robredo y Arcadio Pineda, destinados a diferentes misiones, asistidos por los alféreces Francisco Javier de Viana, Juan Vernacci, Secundino Salamanca y Martín de Olavide y los guardiamarinas Jacobo Murphy y Fabio Ala Ponzone. Los médico-cirujanos, Francisco Flores y Pedro María González. El cartógrafo Felipe Bauzá. Los artistas y dibujantes José Guío, José del Pozo, José Cardero, Tomás de Suria, Fernando Brambila y Juan Ravenet. Los naturalistas y botánicos, Antonio Pineda, Luis Neé y Tadeo Haenke, este último incorporado en Valparaíso (1790) y los tenientes de navío José de Espinosa y Ciriaco Cevallos en Acapulco (1791).

Se buscaron y recopilaron libros, mapas, documentos y toda clase de datos, que sirvieran para llevar a cabo todas las comisiones asignadas durante el viaje. Fueron consultadas las Academias Científicas de Londres, París, Turín, Módena y Ferrara. En Italia, al Abate Spallanzani y al Marqués Gerardo Rangone sobre materias de historia natural; el Conde de Greppi, sobre comercio, Joseph Banks y Alexander Dalrymple, en Londres y Joseph-Jerome de Lalande en Francia, sobre astronomía. A Dalrymple se le pidió seleccionar y remitir a España instrumentos científicos y de astronomía. En París, el embajador Conde de Fernán-Núñez, remitió también una excelente colección de instrumentos, libros y diarios de viaje. El naturalista Antonio Pineda dispuso de una excelente biblioteca formada en Madrid y en París.

En España la Dirección de Pilotos “encargada de custodiar todo el acervo de cartas, derroteros y diarios de navegación conceptuados de utilidad”, le franquearía el acceso al conjunto de conocimientos hidrográficos sobre el Nuevo Mundo. El Archivo de Indias le abriría sus puertas. Se gestionaría la adquisición de todos los diarios de las expediciones anteriores, y se consultaría a todos aquellos oficiales que pudie-

ran ofrecer información o colaboración, como Antonio de Ulloa, Juan de Langara y José de Mazarredo, sobre hidrografía, adquisición y uso de los instrumentos científicos y sobre la constitución física de la América Meridional. A Gabriel de Aristizabal y al Marqués de Ureña, sobre la aplicación de los aires fijos. A José de Armenteros, Secretario de la Real Compañía de Filipinas, sobre su experiencia comercial y conocimiento de las islas. Se consultó a ex jesuitas que vivían en Italia; el abate Córdoba de Castro, Ximénez y De Cesaris, entre otros. Contaba con la experiencia de los oficiales seleccionados y adiestrados en el Curso de Estudios Mayores, en el Observatorio de Marina y en la Comisión del Atlas de Tofiño; Espinosa, Bauzá, Alcalá-Galiano, Vernacci, Cevallos y él mismo. Malaspina, dice Manuel Selles, hará instalar un observatorio provisional en una casa particular de Cádiz con el fin de ir preparando la parte astronómica de la que se encargarían dos de los oficiales de cada corbeta –Espinosa, Galiano, Vernacci y Gutiérrez de la Concha–. Cada uno de ellos “se turnarían al frente de dicho observatorio...” El plan consistía en poner en marcha el péndulo... y el cronómetro. Anotar diariamente la temperatura, efectuar observaciones de los eclipses, etc. En la documentación del Museo Naval, estudiada por Selles, la Academia de Turín aconsejaba a Malaspina la observación y registro de las mareas, la elaboración de un mapa de corrientes marítimas y su velocidad, estudio de la constancia de los vientos periódicos, e intentos de relacionar estos datos con las fases lunares, para saber si la atmósfera estaba sometida a los mismos fenómenos que el mar y etc., etc.

Itinerario. La travesía del Atlántico, 1789–1790

Las corbetas salieron de Cádiz el 30 de julio de 1789. Tras una larga travesía por el Océano Atlántico, llegaron al estuario del Río de la Plata. Fondearon en Montevideo y después en Buenos Aires, la capital del Virreinato. Visitaron Maldonado y la Colonia del Sacramento y reconocieron todos los alrededores. El plan de trabajo en el Río de la Plata fue el mismo en las sucesivas escalas. Se organizaron las operaciones geodésicas y trigonométricas, las observaciones astronómicas y los trabajos cartográficos. Los naturalistas y botánicos examinaban los suelos y formaban sus herbarios y colecciones de especies vivas. Examinaron la calidad de los minerales, la salubridad de las aguas, el magnetismo terrestre y las condiciones barométricas. Se recogieron objetos

de todas clases. Se dibujaron hombres, animales y plantas y las ciudades visitadas. Varios oficiales fueron comisionados para investigar en los archivos de gobierno, eclesiásticos y de los jesuitas expulsados en 1767.

Rumbo al sur, fondearon en Puerto Deseado, en la Patagonia y en el puerto de la Soledad, en las Malvinas. A finales del año doblaron el cabo de Hornos, preferible al Estrecho de Magallanes. Ascendieron por la vertiente occidental haciendo escala en San Carlos de Chiloé, en febrero de 1790. Poco tiempo después prosiguieron viaje hacia Concepción, Valparaíso y Coquimbo. En Valparaíso, se incorporó el botánico, naturalista y polifacético hombre de ciencia, natural de Bohemia, Tadeo Haenke.

Las corbetas continuaron su singladura. Hicieron escala en el puerto peruano de El Callao, Malaspina y sus hombres elaboraron cuestionarios sobre el tráfico y las industrias locales, los bosques y las minas, el estudio de las ciencias y el estado de la educación. Los naturalistas Néé y Haenke, acompañados del botánico Tafalla y del dibujante Pulgar se dirigieron a Huanuco, en la desembocadura del Marañón. Los oficiales Quintano, Vernacci y Galiano, dibujaron las derrotas de las corbetas y el cartógrafo Bauzá y el piloto Maqueda, las cartas marinas. Los astrónomos, Concha y Galiano, el catálogo de las estrellas, observadas desde Valparaíso. Cayetano Valdés fue el encargado de examinar y extraer la documentación del Archivo de Temporalidades.

El 20 de noviembre abandonan El Callao, rumbo a las costas de Ecuador. A primeros de octubre fondean en Guayaquil que era el mejor astillero americano después del de La Habana. En los montes de Taura, se encontraba el mejor depósito de maderas del país. Naturalistas y marinos continuaron los trabajos asignados. Antes de finalizar octubre se dirigieron al golfo de Panamá y fondearon cerca de la ciudad, fundada por Pedrarias Dávila en 1518, después que Núñez de Balboa, descubridor de “la Mar del Sur” conquistara toda la región. Vernacci navegó por el río Chagres hasta Cruces para averiguar la distancia entre el Océano Pacífico y el Atlántico para estudiar la posibilidad de abrir un canal, uno de los grandes sueños americanos que se verá cumplido a principios del siglo XX.

Rumbo a las costas de México, 1791

En Panamá se separaron las corbetas, la “Atrevida”, al mando de Bustamante puso rumbo al

puerto mejicano de Acapulco y posteriormente al de San Blas, mientras la “Descubierta”, al mando de Malaspina, el 13 de enero de 1791 se encontraba cerca del puerto de Realejo (Nicaragua). La corbeta “Atrevida” fondeó en Acapulco el 1 de febrero y el 20 la “Descubierta”. Malaspina considera este puerto como uno de los mejores de América. Cuando Humboldt desembarcó en Acapulco en 1803 dice: “es el más bello de todos los que se encuentran en la costa del Pacífico (...) hoyo tallado en montañas de granito (...) sitio de inigualable aspecto salvaje, lúgubre y romántico...” Este lugar fue elegido por Andrés de Urdaneta, en 1565, como punto de partida y llegada del galeón de Manila y fue, hasta mediados del siglo XVIII, uno de los primeros puertos comerciales del mundo.

Malaspina y sus oficiales permanecieron un tiempo en México. El Virrey, Conde de Revillagigedo, amigo de Malaspina fue un gran promotor de la arquitectura y de las obras públicas de la ciudad y del Departamento Marítimo de San Blas a cuyo frente estaba Bodega y Quadra y un grupo de expertos marinos enviados por la Corona, en 1790 para explorar la costa Noroeste en busca de un paso que comunicase el Atlántico con el Pacífico y los establecimientos comerciales rusos e ingleses en dicha costa.

Malaspina dispuso, antes de su partida, que un grupo de oficiales y científicos, Alcalá-Galiano, Antonio y Arcadio Pineda y Luis Nee, encabezaran la comisión dedicada a estudiar la geografía y la historia natural del Virreinato con la colaboración de Antonio de Alzate, León y Gama y otros.

En busca del paso del Noroeste, 1791–1792

Fernández de Navarrete en la Introducción a la “*Relación del viaje de las goletas “Sutil” y “Mexicana”...*” (Madrid, 1802), resume los viajes de exploraciones y descubrimientos de los españoles en la Costa del Noroeste de América. Entre los objetivos estaba la búsqueda del paso del noroeste o Anian y los asentamientos rusos e ingleses en la costa para el comercio de pieles. Fernández de Navarrete se basó en fuentes impresas y manuscritas y enriqueció la edición con numerosas y documentadas citas bibliográficas. De la “*Relación del viaje de Lorenzo Ferrer Maldonado en 1588 al estrecho de Anian*”, dice que salió de Lisboa y llegó a las costas del Labrador y a través del Estrecho en tres meses de navegación llegó a la China. Este relato, añade

Navarrete, lleno de cálculos falsos y circunstancias increíbles, fue presentado al gobierno español, como un secreto importante para nuestro comercio y en él se proponía repetir la expedición y fortificar el estrecho para impedir el paso de los extranjeros. Lo que fue juzgado y menospreciado a principios del siglo XVII, pero a fines del siglo XVIII, añade Fernández de Navarrete “ha venido a tener entre los sabios de las naciones cultas patronos y abogados, que no logró entre sus coetáneos...”

El Duque de Almodóvar, Embajador de España en Rusia, publicó con el nombre de Malo de Lubec la “*Historia política de los Establecimientos Ultramarinos de las Naciones Europeas (1784–1785)*” en la que daba a conocer el viaje alrededor del mundo de Alejandro Malaspina al mando de la fragata “Astrea” de la Compañía de Filipinas y la “*Relación*” de Ferrer Maldonado “pareciéndole al mismo tiempo verdadera y falsa, se vio en la necesidad de dejar al lector sumergido en dudas...”. Sin embargo, Philippe Buache, geógrafo del Rey de Francia, persuadido de la existencia de dicho paso, leyó en la Academia de Ciencias de París, en noviembre de 1790, un discurso en el que daba por cierta la “Relación” y por consiguiente, la existencia de dicho paso. El gobierno español, aprovechando el viaje de las corbetas “Descubierta” y “Atrevida” ordenó a Malaspina y Bustamante, que se dirigiesen a la costa noroeste y llegasen hacia los 60° de latitud norte donde Ferrer Maldonado situaba el estrecho de Anián.

Las corbetas salieron del puerto de Acapulco y llegaron a la altura de los 60°. Reconocieron las costas e islas de la actual Alaska en busca del paso descrito por Ferrer Maldonado. La bahía de Behring fue elegida como punto inicial de la exploración. Fondearon en el interior de la Bahía del Almirantazgo y reconocieron el abra que bautizaron con el nombre de “Puerto del Desengaño”, al comprobar que no tenía ninguna salida.

Costearon los archipiélagos de Príncipe Guillermo y de la Reina Carlota y reconocieron los lugares no explorados por el capitán Cook. Fijaron en el mapa las islas Montagu e Hinoja. Después de 40 días de penosa navegación el 15 de agosto fondearon en la bahía de San Lorenzo de Nutka. Nutka para los españoles, Nootka para los ingleses y Yokuot para los nativos, su bahía fue descubierta en 1774 por el marino español Juan Pérez y su tripulación al mando de la fragata “Santiago”, cuando regresaban de su viaje de exploración. El capitán Cook fondeó cuatro

años después, en 1779 y el capitán inglés Meares consideró un lugar apropiado para el comercio de pieles. España e Inglaterra se disputaron la pequeña isla de Nutka (que en los mapas españoles del XVIII figura como Isla de Mazarredo) y a punto estuvo de producir una guerra entre ambas naciones. El gobierno español nombró a Bodega y Quadra comisionado para la entrega de la isla a Vancouver.

Rumbo al Pacífico, 1792–1793

En 1792 iniciaban la última parte del viaje. De Acapulco se dirigieron a la isla de Guam, del archipiélago de las Islas Marianas, descubiertas por Magallanes y de allí se dirigieron a las Islas Filipinas. Fondearon en Palapa, en la isla de Samar y posteriormente en la isla de Luzón, la Isla más grande del archipiélago.

Después de una breve escala en el puerto de Sorsogon, fondearon en la Bahía de Manila donde permanecieron seis meses. Reconocieron las costas e islas próximas, levantaron cartas y planos, describieron y dibujaron a los habitantes, animales y plantas, en especial el cultivo de arroz y de la canela. Bustamante en la “Atrevida” se dirigió a Macao para renovar las experiencias de la gravedad con el péndulo simple y para la venta de pieles a favor de la marinería.

A primeros del año siguiente recorrieron las costas de Nueva Irlanda, Islas Salomón, Nuevas Hébridas y Nueva Caledonia. Tras un intento fallido de fondear en Dusky Bay (Nueva Zelanda), se dirigieron a Australia. Llegaron a Port Jackson, –Sydney–, el 11 de marzo de 1793 donde fueron recibidos con todos los honores por los oficiales de la colonia inglesa. Reconocieron la costa de Bahía Botánica. Viajaron por mar y tierra hasta Parramata.

Embarcados de nuevo se dirigieron al archipiélago de Tonga y fondearon en el puerto del Refugio, en la Isla de Vavao. El puerto del Refugio fue descubierto por el español Francisco Mourelle en su viaje de Manila a México, al mando de la fragata “Princesa” (1780–1781). La estancia en estas paradisíacas islas por los miembros de la expedición fue motivo de numerosas fiestas por parte de los nativos y el reposo de los marineros y de los oficiales antes de emprender el viaje de regreso al continente americano.

Regreso al continente americano, 1793–1794

Después de navegar un mes por aguas del Pacífico, rumbo a las costas peruanas, el 31 de julio

fondean en el Callao donde desembarcan los oficiales Espinosa y Bauzá y los naturalistas Haenke y Néé para reconocer el interior del continente y reunirse con las corbetas en Buenos Aires. Haenke se quedó para siempre en América y de su vida y obras tratan los artículos de Josef Opatrný, Félix Muñoz y Vladislav Rogozov en *“El Paraíso Ilustrado”* (Madrid, 2006).

Las corbetas prosiguieron viaje hacia el sur, hicieron escala en Talcahuano y de nuevo doblaron el cabo de Hornos y de nuevo fondearon en las islas Malvinas y permanecieron 20 días para completar sus investigaciones. Desde allí pusieron rumbo directamente al puerto de Montevideo a donde llegaron el 15 de febrero. Hasta junio de 1794 no pudieron iniciar su viaje de regreso a España ante el temor de ser capturados por los franceses. Escoltados por una flota llegaron el 21 de septiembre de 1794 a la Bahía de Cádiz después de 5 años y 2 meses de penosa navegación.

El cautivo de Godoy

Al regresar, Malaspina tenía la convicción de que España debía propiciar un cambio que mejorase sustancialmente las condiciones sociales de la realidad americana, pero ya hemos visto cómo acabaron sus proyectos reformistas y el camino que le condujo directamente a la cárcel. Sus cartas desde la prisión de La Coruña a su amigo Paolo Greppi y a su hermano Giacinto, son una protesta de su inocencia, de su recto proceder y de su esperanza en ser perdonado por su “perseguidor” (Godoy).

Sus esperanzas se renuevan en 1798, cuando Godoy, aconsejado por Cabarrus, nombra a Jovellanos y Saavedra, para formar parte de un nuevo gobierno en el que Godoy no tendría ya poder, pero la realidad es muy otra, ya vimos en páginas anteriores cómo también fracasó la “conspiración” contra Godoy, durante este nuevo y corto gobierno y Malaspina permanece en la cárcel hasta 1802. En este mismo año, su amigo Jovellanos es desterrado a Mallorca donde también permanecerá encerrado durante siete años como Malaspina.

La última carta que conocemos de Malaspina desde la prisión, es del 11 de octubre (1798) en la que dice:

“(...) De P. y de la antigua amiga sabrás puntualmente el momento de mi libertad. (...) Quiéreme y ten por cierto que mi conducta pasada y venidera, ha sido y será siempre mi principal anhelo el de merecer el concepto y aprobación de mis amigos, entre los cua-

les sabes desde cuanto tiempo te he asignado con un primer lugar. Tu afectísimo de corazón. Malaspina”.

El tiempo pasa y el perdón no llega. Malaspina permanece cuatro años más en la prisión de la Coruña. En 1802, año de los Comicios de Lyon, nombran a Napoleón presidente de la República Italiana y Vicepresidente al Conde de Melzi, amigo de Malaspina con quien compartía las mismas opiniones políticas. Melzi pidió a Napoleón que solicitase de la Corona española la libertad de su amigo, petición que Godoy no podía negar a Napoleón. Así fue como se le conmutó la pena de la cárcel por el destierro a su tierra natal donde murió en 1810.

Durante su prisión Malaspina escribió un tratado sobre el valor de las monedas y unos comentarios sobre “lo bello” y sobre “el Quijote”. El “Tratadito” sobre las monedas fue publicado en Italia en 1990, y ahora, la Universidad de Alicante (2005), por sugerencia del profesor Enrique Giménez, acaba de publicar, en una magnífica edición de bibliófilo, los comentarios al “Quijote” de Malaspina aprovechando las efemérides conmemorativas del cuatrocientos aniversario de su primera salida a la luz pública. Imaginarnos los sentimientos de frustración y de injusticia que debió sentir don Alejandro ante su penosa situación y cuán cerca espiritualmente se encontraba de Cervantes mientras penaba en aquel lóbrego calabozo del castillo coruñés. Recordemos, al respecto, las palabras del hispanista Harold Blume al señalar que “Don Quijote es la sutil crítica que Cervantes hace a un Reino que le había pagado su patriotismo heroico en Lepanto, tratándolo con dureza (...)” y añade “la cautividad y la cárcel, fueron los ingredientes básicos de la vida de Cervantes” y también, en parte, de Malaspina.

(Fragmento del artículo de Mercedes Palau publicado en *El Paraíso Ilustrado. Malaspina y Haenke en el Nuevo Mundo*. Edición de M. Palau, E. Soler y J. Opatrný, Madrid, 2006).

LA EXPEDICIÓN MALASPINA: RECUERDOS BIBLIOGRÁFICOS

Siglo XX

De los años sesenta a los ochenta

Hoy en día casi todos conocen la expedición que lleva el nombre de Alejandro Malaspina, gracias

a una serie de exposiciones, congresos y publicaciones, que han rescatado su nombre del olvido y el de los marinos y científicos que le acompañaron y, también, gracias a Televisión Española, que realizó la serie documental “Tras las huellas de Malaspina” que contribuyó a popularizar el personaje y la expedición que conocemos, quizá impropriamente, como “la Expedición Malaspina”.

Yo nunca había oído ni leído nada sobre Malaspina y su expedición, hasta que empecé a trabajar en el Museo de América en 1961, el mismo año en el que don Carlos Sanz López, ilustre mecenas y americanista, hacía donación al Estado Español, de la colección de dibujos de América y Oceanía, que habían pertenecido a don Felipe Bauzá, director de cartas y planos de la Expedición. Hasta entonces sólo se conocían los dibujos, grabados y documentos que se conservaban en el Museo Naval, procedente de la extinguida Dirección de Hidrografía.

La mayor parte de la colección Bauzá fue adquirida a sus herederos por D. Carlos Sanz en 1951 quien posteriormente los cedió al Museo de América a pesar de las numerosas y cuantiosas ofertas que había recibido del extranjero. Este hombre, escribe Carmen Sotos en el catálogo de los dibujos de la expedición, “fue un auténtico enamorado de la obra hispánica en América, defensor a ultranza de la tarea evangelizadora llevada a cabo por España en el Nuevo Mundo, no dudó en arriesgar parte de su fortuna personal en la compra de la colección, evitando así, su dispersión” (1982).

Felipe Bauzá era profesor de la Escuela Naval de Cádiz y colaboró con Vicente Tofiño en la construcción del “*Atlas Marítimo de España*” junto con Malaspina y otros astrónomos. Malaspina conocía bien su preparación científica y sus dotes personales, y lo eligió como director de cartas y planos y encargado del dibujo de la expedición. Bauzá, durante el viaje desde el Río de la Plata hasta Alaska, Islas del Pacífico Filipinas y Australia, se distinguió por su gran laboriosidad. En julio de 1793, desembarcó en el puerto peruano de El Callao y con otro de los oficiales de la expedición, José de Espinosa, atravesó la cordillera de los Andes y la Pampa Argentina hasta Buenos Aires, allí embarcaron ambos oficiales para España. El resultado de este viaje, fue la publicación de la “*Carta esférica de la parte interior de la América meridional*”, la “*Descripción de la Pampa y los Andes*”, la situación exacta de los lugares visitados, y una serie de dibujos y croquis.

De nuevo en España los dos marinos fueron destinados al recién creado Depósito Hidrográfico, Espinosa y Tello, como director y Bauzá, como segundo jefe. En el archivo del Depósito, don Martín Fernández de Navarrete, entregó los documentos de la expedición cuando Malaspina fue arrestado y disuelta la comisión que preparaba la publicación del viaje. El riquísimo material, fruto de tantos años de trabajo, fue ordenado y clasificado por Espinosa y por Bauzá iniciando su publicación, aunque siempre sin mencionar el nombre de Malaspina por orden expresa del gobierno de Carlos IV y de su Primer Ministro Godoy.

Durante el gobierno absolutista de Fernando VII, Bauzá vivió exiliado en Londres como tantos otros ilustres marinos, escritores y políticos. Miembro de las sociedades científicas más importantes de la época, reunió una inmensa documentación —mapas, planos, descripciones geográficas, diarios de viaje, dibujos, etc.— que estaba preparando para traer a España al ser amnistiado por la Reina María Cristina. No pudo cumplir el sueño de volver a su patria ni publicar el “*Diario del Viaje*” pues murió en Londres en 1834. Su archivo durante un tiempo estuvo depositado en el Ministerio de Fomento de España para su venta y, ante el temor de perderlo, la familia Bauzá retiró todo el material.

En 1844, el viajero y escritor venezolano Michelena y Rojas, adquirió los manuscritos referentes a América que utilizó en sus publicaciones y años después los vendió al Museo Británico donde actualmente constituyen la “Bauza Collection”, descrita por Pascual de Gayangos (1877), Llabrés Bernal (1935) y Lucena y Pimentel. En 1845 el gobierno español compró los restantes documentos, pero los descendientes de Bauzá conservaron los dibujos que posteriormente compró don Carlos Sanz.

La colección Bauzá del Museo de América, consta de 174 originales, 6 grabados, y 23 reproducciones fotográficas de los dibujos adquiridos por otros coleccionistas. Actualmente estos dibujos se exponen en distintas salas del Museo. Antes de la reforma del Museo que duró más de diez años, la colección estaba expuesta en la antecámara de la Biblioteca y posteriormente en una sala dedicada a Don Carlos Sanz. Recuerdo que me llamaron poderosamente la atención los dibujos descriptivos de exóticos lugares de la costa Noroeste de América y de las Islas del Pacífico. Después me conmovió la vida de Malaspina, su

extraordinaria expedición y su triste final. Por entonces era director del Museo de América, don Carlos Martínez-Barbeito, quien me animó a trabajar en la catalogación de la colección y a la vez dar una somera noticia de la expedición y de los marinos y científicos que acompañaron a Malaspina. “Buceando” en la escasa bibliografía que encontré, difícil me resultó averiguar a quién de los artistas de la expedición –Bauzá, Pozo, Guío, Cardero, Suria, Ravenet o Brambila–, correspondían los dibujos que no estaban firmados. Creo que me equivoqué en algunas atribuciones pues ahora pienso que la mayoría serían del mismo Bauzá ya que formaban parte de los dos álbumes de dibujos de Bauzá.

Mi primer “buceo” fue el *“Ensayo de Bibliografía Marítima Española”* de mi padre Agustín Palau publicada con motivo de la Exposición Nacional del Libro del Mar (Barcelona, 1943), basado en el *Diccionario Marítimo Español* de Martín Fernández de Navarrete (Madrid, 1831) y su obra póstuma *“Biblioteca Marítima Española”* (Madrid, 1851) y en el *“Manual del Librero Hispanoamericano”* de mi abuelo Antonio Palau i Dulcet. El *“Ensayo...”* me condujo a los pocos autores que habían escrito sobre Malaspina y su expedición. Cito a los fundamentales: Jiménez de la Espada (1881), Novo y Colsón (Madrid, 1884), Fernández Duro (Madrid, 1895–1903 y 1901), A. Barreiro (Madrid, 1923), Emma Bona (1927, Roma, 1935), Guillén y Tato (Madrid, 1930, 1932, Las Palmas de Gran Canaria, 1952), Estrada Catóira (Madrid, 1930), Llabres Bernal (Palma de Mallorca, 1934), Héctor A. Ratto (Buenos Aires, 1936), Justino Fernández (México, 1939), Torre Revello (Buenos Aires, 1944), Donald Cutter (San Francisco, 1960 y Buenos Aires, 1966). De gran utilidad fue la obra del argentino Bonifacio del Carril, *“La Expedición Malaspina en los mares americanos del Sur. La Colección Bauzá (1789–1794)”* (Buenos Aires, 1961) para conocer la vida y los trabajos de los artistas de la expedición. Consulté también los Archivos del Museo Naval, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, del Real Jardín Botánico, de la Academia de la Historia, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas, el Archivo General de Indias, Biblioteca Nacional y Biblioteca y Archivo del Palacio Real donde se conservan la mayoría de los documentos, mapas, planos y dibujos de la expedición.

Antes de la publicación del catálogo de la colección, colaboré en el catálogo de dos expo-

siciones organizadas en los Estados Unidos; en el Museum of New Mexico y en el The Oregon Historical Society, *“The Malaspina Expedition. In the Pursuit of Knowledge”* (Santa Fe, 1976) y *“Voyage of Enlightenment. Malaspina on the Northwest Coast (1791–1792)”* (Portland, 1977), respectivamente. En 1975 viajé a Chile en representación del director del Museo de América y al año siguiente organicé en el Museo una exposición dedicada a la expedición Malaspina en Chile con el título *“Chile en las Expediciones científicas españolas de los siglos XVIII–XIX”* (Madrid, 1976) y otra sobre la Isla de Pascua.

Todos esos trabajos y publicaciones con otros historiadores me permitieron ampliar mis conocimientos sobre la expedición que vertí en el *“Catálogo de los dibujos, aguadas y acuarelas de la Expedición Malaspina. La Colección Bauzá del Museo de América, 1789–1794”* (Madrid, 1980). El libro incluía una selección bibliográfica de autores argentinos, chilenos, checos, italianos, austriacos y norteamericanos, además de españoles interesados en la expedición. Daba también una breve noticia biográfica de los artistas, marinos y científicos de la expedición, además de los datos propios de un catálogo.

La década de los ochenta

Llegamos a 1982 en el que, por primera vez, se publican todos los dibujos hasta entonces conocidos de la expedición. Es la Real Academia de la Historia la editora de la tesis doctoral de la Dra. Carmen Sotos, dirigida por el Dr. Marco Dorta, *“Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina”* (Madrid, 2 vols. 1982), obra fundamental y que incluye la reproducción fotográfica de los originales. En ese mismo año, M^a Dolores Higuera del Museo Naval publicó el *“Catálogo crítico de los documentos de la Expedición Malaspina (1789–1794) del Museo Naval”* (Madrid, 3 vols. 1985–1999) e inició la dirección de la Colección *“La Expedición Malaspina, 1789–1794”* publicada por el Ministerio de Defensa y la Editorial Lunewerg, previo un informe favorable, “secreto”, del Ministerio de Cultura.

En ese año de 1982 dejé el Museo de América, después de veinte años de plena dedicación y pasé “en comisión de servicios” al recién creado Museo Nacional de Ciencia y Tecnología, donde me nombraron comisaria de la exposición *“La Corona y las Expediciones Científicas Españolas a América, en el siglo XVIII”* que fue inaugurada

en la Diputación Provincial de Cádiz, el 12 de octubre, por los Reyes de España y los Alcaldes Iberoamericanos, dedicada la parte más importante a la expedición Malaspina.

Esta exposición sirvió para que el Ministerio de Cultura y el Ministerio de Defensa, patrocinasen la exposición que preparé en el Museo de la Ciencia con mis colaboradoras, Blanca Sáiz y Aránzazu Zabala. La exposición se inauguró en noviembre de 1984 en el Centro Cultural de la Villa, por el alcalde de Madrid, el Embajador de Italia y numerosas personalidades políticas y militares. La exposición estaba formada por 447 piezas originales, la mayoría expuestas y catalogadas por primera vez.

Esta exposición y el catálogo, en el que colaboraron 15 historiadores y científicos, sugirió al Dr. José Luis Peset, Director del Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la creación y dotación de una beca de investigación para profundizar en el conocimiento de la expedición y otras también poco conocidas, promovidas por la Corona Española.

Con motivo de la exposición citada, "*La Expedición Malaspina, 1789-1794. Viaje a América y Oceanía de las corbetas Descubierta y Atrevida*" (Madrid, 1984), en diciembre del mismo año el Dr. Marco Miele, Director del Instituto Italiano di Cultura en Madrid, organizó con el Museo de la Ciencia unas conferencias con la participación de la Universidad de Génova, el Ayuntamiento de Mulazzo y el Centro de Estudios "Alessandro Malaspina" de la Spezia. Empezaba la colaboración entre italianos y españoles, entre políticos y estudiosos y en el Instituto Italiano nació la idea de realizar una exposición semejante a la de Madrid en la ciudad de Génova.

El mismo año 84 se publicó el "*Diario*" de Malaspina con el largo título de "*Viaje científico y político a la América Meridional, a las costas del mar Pacífico y a las Islas Marianas y Filipinas, verificado en los años de 1789... 1794 a bordo de las corbetas Descubierta y Atrevida de la Marina Real, mandadas por... D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra. Diario de viaje de Alejandro Malaspina*", edición de la editorial "El Museo Universal" a cargo de M. Palau, B. Sáiz y A. Zabala (Madrid, 1984), basado en el ms. 753 del Museo Naval y publicado por el marino y académico gaditano, don Pedro de Novo y Colson en 1885, junto con otros manuscritos de la expedición y que no incluimos en nuestra edición.

La edición de Novo y Colson (Madrid, 1885), la nuestra (Madrid, 1984) y la de Ricardo Cerezo, del Museo Naval (Madrid, 1991), ha sido superada, a mi entender, por la reciente edición en inglés, de la Hakluyt Society a cargo de Andrew David, Felipe Fernández-Armesto, Carlos Novi, y Glyndwr Williams, con el patrocinio del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, cuando trabajaba en esa Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas.

Mis colaboradoras Blanca Sáiz y Aránzazu Zabala —quienes también hicieron posible la exposición del Centro Cultural de la Villa— fueron las autoras de los apéndices biográficos y topográficos respectivamente, correspondientes a personajes y sitios geográficos que aparecen en el "*Diario*". Yo me ocupé de escribir las notas explicativas al texto. Como aún Dario Manfredi no había publicado su biografía de Malaspina, creímos conveniente incluir la biografía escrita por Emanuele Greppi, descendiente de Paolo Greppi, amigo de Malaspina y que se conservaba en la Academia de la Historia de Madrid, junto con la copia de veintiséis cartas escritas por Malaspina a su amigo Paolo Greppi y a su hermano Azo Giacinto fechadas en Lima, Acapulco, Cádiz, Madrid, Aranjuez y La Coruña.

Esta edición publicada el mismo año que se hizo la exposición del Centro Cultural de la Villa de Madrid, al parecer "políticamente incorrecta", ha merecido ser utilizada e ignorada también en las publicaciones del Museo Naval sobre la expedición.

Por aquellas fechas, la ciudad canadiense de Vancouver había sido elegida como sede de la Exposición Universal de 1986. España tenía que participar si quería conseguir la sede de la Exposición Universal del Año 1992, fecha importante al coincidir con el V Centenario del Descubrimiento de América. La Exposición de Sevilla fue posible gracias a la capacidad de improvisación y de trabajo que tenemos los españoles y en escasos dos meses, España podía exhibir en su Pabellón de Vancouver, una selección de objetos y documentos de la Expedición Malaspina, en la Costa Noroeste de América. Como complemento de la exposición se publicó un libro en inglés sobre los viajes de exploración y descubrimiento de rusos, franceses, ingleses y españoles en aquella zona costera de los Estados Unidos y Canadá con el título "*To the Totem Shore. The Spanish Presence on the Northwest Coast*" (Pavillion of Spain. Vancouver, Ed. El Viso, 1986, 239 p.). Colabo-

raron españoles, norteamericanos y canadienses; como Morales Padrón, T. Vaughan, M. Palau, D. Higuera y Martín-Meras, J. Alcina, F. Grunfeld, Popenay Hart y J. de la Sota. El libro estaba ilustrado con numerosos documentos, diarios de viaje, mapas, planos, retratos de los nativos y objetos etnográficos, la mayoría de la expedición Malaspina y que se conservaban en museos, archivos y bibliotecas de España de cuya búsqueda y selección me ocupé.

En ese año de 1986, fui nombrada Directora de Exposiciones de la Comisión Nacional del Quinto Centenario. Fue el mismo año en el que compartí con la Dra. Ilaria L. Caracci la dirección de la exposición y del catálogo "*La Spedizione Malaspina in América e Oceania, 1789-1794*" (Génova, 1987) que se inauguró en mayo del 87 en el Museo di Sant'Agustino de Genova. Con motivo de la exposición se celebró en Mulazzo un congreso con la participación de expertos españoles e italianos, cuyas ponencias fueron publicadas por el Civico Istituto Colombiano en "*Atti del Convegno "Alessandro Malaspina" e la cultura del suo tempo*" (La Spezia, 1989).

El mundo de los malaspinistas se iba ampliando a la vez que surgía una cierta rivalidad en las autoridades españolas e italianas. ¿Malaspina español o italiano? Como en su tiempo Malaspina despertaba pasiones y celos. Todos queríamos ser los primeros, los más conocedores, los únicos estudiosos... de modo que se desató una "furia malaspinística", incomprensible para los "no iniciados", pero fue estimulante para algunas Instituciones como el Museo Naval, el Museo de América, el Museo de Ciencias Naturales y el Jardín Botánico que estudiaron y publicaron sus colecciones.

Como directora de exposiciones de dicha Comisión, a la vez que me ocupaba de las exposiciones sobre las culturas indígenas de América, propuse a la Dirección General la celebración anual de exposiciones sobre expediciones científicas a América y a Oceanía. Tres fueron inauguradas el mismo día y año en colaboración con el Observatorio Astronómico Nacional, el Museo de Ciencias Naturales y el Real Jardín Botánico. La exposición del Botánico se tituló como el catálogo, "*La Real Expedición Botánica a Nueva España, 1787-1803*" (Madrid, 1987). Fueron de particular interés los 19 artículos firmados por especialistas del CSIC y otras Instituciones que precedían al catálogo de 169 piezas y documen-

tos originales, entre ellos el "*Diario*" de Bodega y Qaudra y de Jacinto Caamaño de 1792, del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Las otras dos exposiciones instaladas en el Observatorio Astronómico Nacional, fueron: "*Astronomía y Cartografía de los Siglos XVIII-XIX*" (Madrid 1987) con 148 piezas originales y cinco artículos firmados por Vernet, Catalán, Palau, Núñez de las Cuevas y López Arroyo y la "*Expedición de los Hermanos Cristian y Conrad Heuland*" (Madrid 1987). Huelga decir que en estas tres exposiciones se dedicaba una parte muy importante a la expedición Malaspina.

Este ciclo de exposiciones mereció el apoyo de investigadores y colaboradores del CSIC y anualmente continuaron celebrándose otras exposiciones semejantes en el Real Jardín Botánico patrocinadas también por la Comisión Nacional del Quinto Centenario.

En 1988 España participó en la Exposición Universal de Brisbane (Australia). El profesor Martínez Shaw fue el coordinador del libro "*El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina*" (Madrid, 1988) en el que M^a D^o Higuera escribe sobre "La expedición Malaspina en el marco de la Ilustración" junto a otros artículos especializados. Y llegamos a 1989, año del Bicentenario de la salida de Cádiz de la Expedición Malaspina, fecha que no podía pasar desapercibida para la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras. El entonces director de la Academia el Dr. Antonio Orozco solicitó nuestra participación en una serie de conferencias que reunieron en Cádiz a un grupo de especialistas. Las conferencias fueron publicadas por la Comisión del Quinto Centenario, "*La Expedición Malaspina (1789-1794). Bicentenario de la salida de Cádiz*" (Cádiz, 1991). El Dr. Orozco, editor y coordinador de las conferencias, agrupó los trabajos presentados en cuatro apartados; I. "Cádiz y la Expedición Malaspina", -M. Palau y A. Solé-; II. "Ciencia y Técnica en la Expedición Malaspina", -D. Manfredi, Selles, Orte Lledo y Cano Trigo-; III. "Medicina y Sanidad en la Expedición Malaspina", -A. Orozco, F. Guerra, J. Cabrera, V. Manzano y López de Cozar-; IV. y último, "En torno a la expedición Malaspina", -A. Solé, C. Sotos, B. Sáiz, J. Pimentel, E. Soler y A. Rey-.

La Academia invitó al Alcalde de Mulazzo Dr. Rossi y al director del Centro Malaspina de la Spezia, Dario Manfredi. En el viaje de regreso a Madrid en mi coche los dos italianos decidie-

ron el futuro del Centro Malaspina de Mulazzo del que Dario Manfredi sería su director y se instalaría en Palacio Malaspina, propiedad del Ayuntamiento. Actualmente el Centro exhibe una exposición permanente dedicada a Malaspina. Posee también un importante archivo documental y una biblioteca con fondos hispánicos, enviados por la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España.

1989 fue mi último año como directora de exposiciones de la Comisión del Quinto Centenario. Llevaba casi dos años preparando una exposición dedicada al arte y a la cultura de los indios de la Costa Noroeste de América con el profesor Alcina Franch y el escritor y periodista americano, Frederic Grunfeld, un “enamorado” de Malaspina que vivía en Deyá (Mallorca). Cuando la exposición se inauguró en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, en 1988, Grunfeld, que había seleccionado los objetos de los museos de Estados Unidos y Canadá, acababa de morir de modo que la exposición fue un homenaje póstumo y el catálogo que publicamos está considerado como uno de los mejores sobre aquella zona.

La exposición contenía muchos objetos etnográficos de los indios de la costa noroeste de los siglos XVIII y XIX: trajes, sombreros, máscaras, objetos rituales y de caza y pesca, diarios de viaje, dibujos de animales y plantas, retratos, vistas de lugares, mapas y planos; hasta 326 piezas procedentes de Estados Unidos, Canadá, República Checa, Alemania, Italia, Austria y España. Después de Madrid la exposición se presentó en el Museo Etnológico de Barcelona y posteriormente se inauguró en Sevilla con motivo de la visita a España de un grupo de hispanistas norteamericanos. Como complemento de esta exposición organizamos una serie de conferencias coordinadas por el Dr. José Luis Peset y publicadas por la Comisión del Quinto Centenario, “*Culturas de la Costa Noroeste de América*” (Madrid, 1989). Los trabajos fueron agrupados en tres apartados: Antropología, Arte e Historia. Participaron 25 especialistas, 8 eran canadienses y norteamericanos y 17 españoles. La mayoría de las ponencias estaban dedicadas a la expedición Malaspina.

En el 89 también, el Real Jardín Botánico continuó con la serie anual de exposiciones sobre expediciones científicas que ese año dedicó a “*La Botánica en la Expedición Malaspina*” (Madrid, Biblioteca V Centenario, 1989). Entre los trabajos de colaboración hay que destacar el de Victoria

Ibáñez, pionera en España sobre los estudios de Tadeo Haenke que posteriormente ampliaría en el T. IV de la colección “*La Expedición Malaspina, 1789–1794*” (Madrid, 1992), del Museo Naval. Esta colección se inició con la publicación de Ricardo Cerezo “*Diario general del Viaje*” (Madrid, 2 vols. 1990), basado en el manuscrito original de Malaspina, que posteriormente publicó en inglés la Hakluyt Society antes citada.

La década de los noventa

Los años 1990 y 1991 fueron unos años de cierta tranquilidad en mi vida profesional lo que me permitió viajar a México, Portland y Vancouver para participar en la Conferencia Internacional organizada por el Director del Vancouver Maritime Museum, Robin Inglis, en colaboración con John Kendrick y Donald Cutter con motivo de la exposición “*Enlightened Voyages. Malaspina and Galiano on the Northwest, 1791–1792*” semejante a la exposición española “*El Ojo del Tótem...*”. Fue un gran acontecimiento histórico. España envió para dar mayor relieve a los actos conmemorativos en honor de Malaspina y Galiano, al buque escuela Juan Sebastián Elcano. Por entonces Televisión Española estaba rodando una serie sobre la expedición Malaspina, desplazándose, igual que los conferenciantes, a la Isla de Nootka descubierta por los españoles en 1774 y que estuvo a punto de producir una guerra entre España e Inglaterra. Los “malaspinistas” se estaban extendiendo por todo el mundo...

Tantas personas extranjeras interesadas por la expedición, me animó el deseo de organizar unas Jornadas Internacionales sobre Malaspina y la expedición, con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América. El Director de la Real Academia citada y un pequeño grupo de colaboradores nos pusimos a trabajar intensamente. Necesitábamos el patrocinio de muchas instituciones públicas y privadas para poder invitar a más de cincuenta historiadores y científicos de todo el mundo que habían confirmado su presencia. Gracias al Presidente de Honor de las Jornadas, el entonces Vicepresidente del Gobierno, Narcís Serra, además del patrocinio de la Comisión del Quinto Centenario, de la Embajada de Italia, de la Embajada de Canadá y de la de los Estados Unidos; del Ayuntamiento de Cádiz, Astilleros Españoles, Diputación de La Coruña y Unión Fenosa conseguimos el “dinero” necesario para trasladar, alojar y mantener durante 10 días a las personas invitadas. Fue muy importante la cola-

boración del Centro de Estudios Históricos del CSIC, del Jardín Botánico, del Museo Naval, del Museo Arqueológico de La Coruña, del Istituto Italiano di Cultura de Madrid, y de la Asociación Española de Estudios Canadienses.

Las Jornadas se desarrollaron en Madrid, Cabra, Cádiz y La Coruña (septiembre de 1994) y participaron expertos canadienses, –R. Inglis, J. Kendrick, B. Gough, Popenay Hart–; estadounidenses, –Alex Malaspina, D. Cutter, W. Suttles, H. Beals–; mexicanos, –M. León-Portilla, Moreno de los Arcos, V. González Claverán–; italianos, –M. Miele, D. Manfredi–; ingleses, –P. Barber, A. David–; australiano, –Robert King– y argentino, –Laurio Desteffani–. La participación española fue muy numerosa también, –A. Orozco, M. Palau, F. Monge, J. Cabrera–. Gracias al apoyo de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas, el departamento de mi cargo pudo financiar la edición de las Jornadas “*Malaspina '92*” publicadas por la Academia Hispano Americana (Ed. y coord. M. Palau y A. Orozco, Cádiz-Madrid, 1994).

El año 1992 fue también muy importante para los “malaspinistas”, pues apareció la obra de Blanca Sáiz, “*Bibliografía sobre Alejandro Malaspina y acerca de la expedición Malaspina y de los marinos y científicos que en ella participaron*” (Madrid, Ed. El Museo Universal), obra fundamental para los estudiosos en la que su autora incluye 1.134 entradas de las existentes hasta 1991, clasificadas bibliográfica y temáticamente. El libro está prologado por Dario Manfredi.

Dario Manfredi, director del Centro Malaspina de Mulazzo, como no podía ser menos, organizó en 1993 un “Convengo” en colaboración con la Real Academia Hispano Americana de Cádiz, en el que participaron expertos españoles, ingleses, canadienses, australianos e italianos. Hay que destacar la presencia de Alex Malaspina, entonces Vicepresidente de Coca Cola Internacional, mecenas, con Giuntini Malaspina, del Centro de Mulazzo y de la ópera “*Malaspina*” de J. L. Greco.

En 1993, disuelta la comisión del Quinto Centenario, me nombraron directora de material cultural y ediciones de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Mi nuevo puesto me permitía apoyar las publicaciones sobre expediciones científicas cuando había presupuesto sobrante. Por entonces era Embajador de España en Australia el diplomático Antonio Núñez García-Sahuco,

quien solicitó a la Dirección General el envío de una exposición sobre Malaspina, con motivo del bicentenario del paso de la expedición por las costas australianas. A pesar del interés de todos surgieron problemas para el préstamo de originales y su elevado coste por lo que optamos por una exposición de reproducciones de los dibujos y mapas con numerosos textos explicativos sobre la expedición que también figuraban en el folleto-catálogo, publicado en inglés, en forma de periódico ilustrado. La exposición viajó a Canberra, Sydney, Melbourne y Adelaida en Australia y en Nueva Zelanda, a Wellington y Christchurch.

Y llegamos al 1994, bicentenario del regreso de la expedición a Cádiz. Nuevamente la Academia Hispano Americana organiza, –también con el apoyo de mi Dirección General–, las II Jornadas Internacionales. Esta vez con menos participantes extranjeros, pero no dejaron de ser invitados el alcalde de Mulazzo y el director del Centro Malaspina. La exposición itinerante que habíamos preparado para Australia y Nueva Zelanda, de regreso a España se instaló en Cádiz, en el marco del Palacio Provincial. Se publicó también un folleto-catálogo en español, en forma de periódico con algunas pequeñas modificaciones en el texto. Finalizada la exposición en Cádiz pasó a Santander por iniciativa del Dr. Juan Castanedo, Director del Centro “Astilleros de Guarnizo” quien, en colaboración con la Universidad de Cantabria, organizó una serie de conferencias que junto con las pronunciadas en Cádiz fueron publicadas, con el patrocinio de la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas. En estas jornadas santanderinas se quiso honrar la memoria del segundo Jefe de la expedición, José de Bustamante y Guerra, nacido en la provincia de Santander como otros oficiales y marineros de la expedición. Las conferencias versaron sobre Astronomía, Geografía, Cartografía y Construcción Naval a cargo de A. Orte Lledo, J. R. Achutegui, Juan M. Castanedo, John Crosse y Carlos A. Bauzá; Medicina y Sanidad a cargo de A. Orozco y J. Zulueta; Malaspina y Bustamante y los marinos de Cantabria por D. Manfredi, Eric Beerman, Rafael Palacios, José Vericat y Mercedes Palau. Sobre Sociología y Antropología, habló también J. Vericat, sobre Cádiz y los complots contra Godoy, Emilio Soler, etc. Las conferencias se publicaron con el título “*Malaspina y Bustamante '94. II Jornadas Internacionales Conmemorativas del*

regreso de la Expedición a Cádiz, 1794–1994” (Ed. y coord. A. Orozco, M. Palau y J. Castanedo, Cádiz-Santander, 1996).

En 1994 el editor Juan Barceló del “*Diario de Malaspina*” (Madrid, 1984), del catálogo de la exposición sobre la expedición del Centro Cultural de la Villa (1984), los tres catálogos antes citados sobre expediciones científicas y la bibliografía de Blanca Sáiz, editó un nuevo libro “*La América Imposible. Alejandro Malaspina*”, edición de Blanca Sáiz, con una Biografía de Alejandro Malaspina por Dario Manfredi (Madrid, Compañía Literaria, 1994). En el prólogo Barceló escribe:

“El hecho es que cuando en 1984 publicábamos el diario del viaje, el personaje era un perfecto desconocido, aún de los estudiosos y especialistas (...) salvo muy raras excepciones, la expedición no era tomada en mayor consideración y por desgracia, el propio periodo político, ofrecía grandes lagunas de análisis y documentación actualizada, rarísimos eran los estudios sobre conspiraciones en el reinado de Carlos IV, las ciencias y los científicos a uno y otro lado del Océano, las expediciones, etc. Hoy, de los casi mil libros y cientos de artículos publicados en relación con la expedición, más de la mitad han visto la luz en estos últimos diez años...”

Y siguieron numerosas publicaciones, exposiciones y congresos organizados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Museo Naval de Madrid y otras Instituciones.

Como decía al principio, la mayoría de los trabajos sobre la expedición se habían publicado en el extranjero y en las publicaciones españolas no se menciona el nombre de Malaspina hasta la segunda mitad del siglo XIX con Fernández de Navarrete, Jiménez de la Espada, Novo y Colson y Fernández Duro por citar los más destacados.

Jiménez de la Espada quien, al regresar de su viaje a América con la Comisión Científica del Pacífico (1862–1865), emprendió la tarea de la publicación del “*Viaje*”, que no pudo llevar a cabo por su enorme coste. Sin embargo no renunció a investigar por qué Malaspina fue a dar con sus huesos a la cárcel y publicó “*Una causa de Estado*” (1881) en la que refiere las intrigas de dos damas de la Reina María Luisa, la Marquesa de Matallana, amiga de Malaspina, y María Frías y Pizarro, amiga de Godoy, cuando en un

momento de desafecto de la Reina hacia su favorito, –a causa de sus amores con Pepita Tudó–, Malaspina fue el instrumento, dice Jiménez de la Espada, de las intrigas de la Reina y las dos Damas.

Blanca Sáiz, en su “*Bibliografía*” (1992), dice que en “*Una causa de Estado*” por primera vez se publicaron los papeles del proceso. Jiménez de la Espada califica el proceso como “un grave suceso político-amoroso” y Novo y Colson en su Introducción al “*Viaje*” copia la versión de Jiménez de la Espada y la de los escritores de la época quienes señalan a Godoy y la Reina como los causantes de la caída y prisión de Malaspina. Blanco White, contemporáneo de Malaspina, exiliado en Londres, escribió en sus “*Letters from Spain*”: “Los engañados Ministros [Jovellanos y Saavedra], aunque no fueron depuestos inmediatamente, debieron sentir la poca firmeza del suelo que pisaban y temer la venganza de un enemigo [Godoy] que, en el caso del almirante Malaspina había mostrado que era capaz y no tenía reparos en tomarla en los instrumentos de los celos de la Reina...” (1822).

Manuel Lucena y Juan Pimentel que publicaron los “*Axiomas políticos sobre la América de Alejandro Malaspina*”, encontrados en el Archivo Histórico de Colombia, escriben:

“El oficial italiano [Malaspina], había llegado al punto máximo de su brillante carrera... y encontraba aceptación en las esferas más altas del poder, el Palacio Real inclusive. Allí precisamente se urdió una trama que todavía no parece suficientemente clara. El 22 de noviembre de 1795, Manuel Godoy, después de haberse entrevistado con la Reina María Luisa, ordenaba al Conde de Montarco convocar al Consejo de Estado para una reunión urgentísima presidida por el mismo Carlos IV. Fue entonces cuando el valido hizo ver al monarca lo peligroso que para el Estado eran las ideas “sediciosas” que el oficial esgrimía en unos escritos “demasiado adictos a las máximas de revolución y anarquía”...Entre ellos destacaban unas “Reflexiones relativas a la paz de España con Francia” y una “Representación al confesor del Rey...” en la que aconsejaba la destitución de Godoy.”

El hispanista Eric Beerman, en su obra “*El diario del proceso y encarcelamiento de Alejandro*

Malaspina, 1794–1803” (Madrid, 1992), sigue paso a paso la vida de Malaspina desde su llegada a Cádiz, –septiembre de 1794–, hasta su proceso y encarcelamiento en La Coruña en 1796, y publica algunos documentos de las Sesiones del Consejo de Estado, del Archivo del Palacio Real de Madrid, del Archivo Histórico Nacional y las cartas de Malaspina a su amigo Paolo Greppi de la Academia de la Historia.

El profesor Emilio Soler, utilizando las fuentes impresas y manuscritas publicó en 1990 *“La Conspiración Malaspina, 1795–1796”* en la que, junto con otros documentos, transcribe unas cartas de M^o Frias y Pizarro dirigidas a Godoy, en las que acompaña varios escritos del marino sobre su proyecto de reforma de la legislación de España y de sus colonias y la formación de un nuevo gobierno presidido por el Duque de Alba y en el que participarían Valdés, Jovellanos, Revillagigedo, Saavedra y el propio Malaspina. Godoy sería desterrado y enviado a la Alhambra de Granada.

Descubierta la “conspiración” por la traición de la Pizarro, en quien confiaba Malaspina para hacer llegar sus “escritos” a los Reyes. El 13 de noviembre de 1795, Godoy se apresura a responder a la Pizarro en una carta en la que le anima a estrechar el cerco sobre el brigadier:

“Mi apreciable amiga: Tengo los papeles y espero cuantos le dirija a Ud. el sujeto consavido [Malaspina] (...). Responda Usted que aún no sabe la decisión de su Magestad y procure animarle a que escriba para ratificar la importancia de sus opiniones. Entre tanto disimulare yo como lo hice ayer noche y siempre que lo veo, pues conviene desentrañarle de cuanto es posible para que ese enemigo del Rey y del bien común, no se quede oculto. Jamás olvidare la amistad de Usted ni apreciare menos el gran merito de su confianza...”

y añade Soler:

“Desde este momento Godoy tuvo todas las cartas en la mano y la habilidad de presentar al Rey los escritos del marino como peligrosos para la seguridad del Estado y una vez reunida toda la documentación comprometedora para Malaspina, ordenó su detención. El 22 de noviembre de 1795 el valido escribió una patética representación a Carlos IV en la

que, tras recordarle sus constantes desvelos... solicitaba una reunión urgente del Consejo de Estado para proceder contra Malaspina. (...) Esa misma noche se reunió el Consejo de Estado en el dormitorio de la Reina en el Escorial. La sesión oficial quedó fijada para el 27 de noviembre. La suerte de Malaspina y sus presuntos cómplices, la Matallana y el P. Gil, estaba echada. El 22 de abril de 1796 (cinco meses después), Eugenio Llaguno, ministro de Gracia y Justicia comunicaba al Gobernador del Consejo [de Estado], Conde de Montarco, la suspensión de la causa y la condena que se había decidido imponer a los conjurados: “Su magestad ha decidido que se suspenda y se deposite en el estado en que está, sellada y cerrada, en la Secretaría de Gracia y Justicia; y de motu proprio que se destituya a don Alessandro Malaspina del grado y empleo que tiene en el Real Servicio y se le encarcele diez años y un día en el Castillo de San Antón de la Coruña (...).””

El historiador Emilio La Parra en *“Manuel Godoy. La aventura del poder”* (Barcelona, 2001) siguiendo a Beerman y Soler, ve en la caída de Malaspina, las consecuencias lógicas de una conspiración descubierta antes de que pudiese “triunfar” y por consiguiente todo el aparato represivo del gobierno contra el que se estaba fraguando la conspiración para derrocarlo, en este caso, contra Godoy, descartando la intriga “político-amorosa” de los escritores de la época y considerando a Malaspina como el único “culpable” de su desgraciada suerte. Parece indudable por los documentos aportados por Beerman y Soler que sí existió tal complot, sin embargo, no se comprende que en 1798, cuando Godoy es apartado del poder, el “prisionero de La Coruña” siga encarcelado. No sabemos que pasó desde ese año hasta su salida de la cárcel desterrado a su patria natal, pues las cartas de la Academia de la Historia se interrumpen en 1798 cuando Malaspina daba por seguro su salida de la cárcel y su restitución pública.

Siglo XXI. Del 2000 al 2007

Mi último trabajo sobre Malaspina en el que me ocupaba del tema del proceso, sin aportar ningún dato nuevo esclarecedor, fue “Alejandro Malaspina y sus viajes alrededor del Mundo” publicado en *“El Paraíso Ilustrado. Malaspina y Haenke en el Nuevo Mundo”* (Ed. de M. Palau, E. Soler

y J. Opatrný, Madrid, 2005) en el que colaboraron el profesor Josef Opatrný y el Dr. Vladislav Rogozov de la Universidad Carolina, los profesores Emilio Soler de la Universidad de Alicante y Carlos Martínez Shaw, de la UNED, los Dres. Puig-Samper y Muñoz Garmendia del CSIC, y el musicólogo y escritor Pedro Elías Mamou, autor también del libreto de la ópera “*Malaspina*”.

El proyecto de este libro surgió en Praga, en el 2004, con motivo de una exposición sobre Malaspina y Haenke, preparada en Madrid para celebrar el 250 aniversario del nacimiento de Malaspina. La exposición de reproducciones fotográficas que se inauguró en la Librería DEVIAJE de Madrid, fue ampliada y mejorada en Praga con originales y objetos de Tadeo Haenke y se inauguró en el Palacio Lobkowitz, el 5 de noviembre del 2004 con la participación de la Embajada de España, la Universidad Carolina y el Museo Nacional de Praga. En la Universidad Carolina, “alma mater de Haenke”, se impartieron una serie de conferencias que fueron recogidas y publicadas por el Dr. Josef Opatrný en “*La Expedición de Alejandro Malaspina y Tadeo Haenke*” (Praga, 2005).

“*El Paraíso Ilustrado...*” prologado por el Director General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y por el Embajador de España en Praga, se presentó en Madrid, los días 11 y 12 de mayo de 2006, en el marco de unas Jornadas Internacionales organizadas en el Istituto Italiano de Cultura con la participación de la Embajada de Canadá, de Italia, de la República Checa, de la Nación Mowachat/Muchalat (Canadá), de la Real Academia Hispano Americana y de numerosas personalidades y amigos. Se interpretó un fragmento de la ópera “*Malaspina*” de J. L. Greco por la soprano Elisa Belmonte, acompañada al piano por Héctor Sánchez. La obra musical para piano y orquesta “*Geografías del Silencio. Homenaje a Malaspina y Haenke*” del mismo compositor, se estrenó en Praga, en noviembre del 2007, por la Orquesta Sinfónica Nacional Checa, dirigida por el maestro Adrian Leeper, el mismo día de la presentación del libro “*El Paraíso Ilustrado...*” en la Universidad Carolina.

No quisiera finalizar mis “memorias bibliográficas”, aunque mucho queda en el recuerdo, sin mencionar otros tres libros de los que me ocupé. “*Nootka. Regreso a una historia olvi-*

dada” (Edición y coordinación de M. Palau, M. Cales y Araceli Sánchez, Madrid, 1998), catálogo de la exposición inaugurada en el Museo Etnológico de Barcelona en marzo de 1998 y posteriormente en la Universidad de Alicante, en el Centro Cultural de Tortosa y en el Malaspina University College de Nanaimo (Vancouver). Siete especialistas participaron en el libro; –S. Bernabeu, M. D. Higuera, E. Beerman, E. Martinell, M. J. Martínez, E. Sánchez Montañés, L. Carretero y L. Martín-Meras–, edición en español e inglés y reeditado después en catalán. Las ilustraciones que formaban la exposición, –reproducciones fotográficas– fueron donadas por el gobierno de España a la nación Mowachat/Muchalat de Nootka para el Centro Cultural de la Isla de Vancouver.

También me ocupé de la edición del libro “*Nutka 1792. Viaje a la Costa Noroeste de la América Septentrional, por Juan Francisco de la Bodega y Quadra... Año de 1792*” (Ed. de M. Palau, F. Novell, P. Sprätz y R. Inglis, Madrid, 1998) en la que participaron los historiadores A. Menchaca, S. Bernabeu, E. Beerman, E. Soler, F. Novell, J. Kendrick, R. Inglis, Iris W. Engstrand, M. Palau, J. Alcina, P. Sprätz, J. Crosse, y C. Burman. Los diarios de navegación de Bodega y Quadra habían sido publicados en una edición de bolsillo por Salvador Bernabeu.

El tercero y último libro en el que he intervenido hasta hoy ha sido el que recoge las Actas editadas por Emilio Soler de las Jornadas Internacionales celebradas en Cabra, del 17 al 23 de octubre del 2005, con motivo del bicentenario de la batalla de Trafalgar y la muerte heroica de Dionisio Alcalá Galiano, uno de los oficiales de la expedición Malaspina, organizadas –con mi colaboración– por la Asociación Cultural “*Dionisio Alcalá Galiano*” de Cabra y en las que participaron historiadores canadienses, ingleses, italianos, australianos y españoles.

Quedan tres proyectos para llevar a cabo en los que he puesto todo mi interés y mis conocimientos: las exposiciones “*Vida y música en la época de Malaspina*” y “*De Mito a realidad. La búsqueda del paso del Noroeste*” y el estreno de la ópera “*Malaspina*” en Cádiz y Seattle.

...“Sueños hay que verdad son”...
(Lope de Vega)